

Sermon 12 March 2023 St. Luke/San Lucas (Spanish Version)

- [Exodus 17:1-7](#)
- [Romans 5:1-11](#)
- [John 4:5-42](#)
- [Psalm 95](#)

Dios de la Verdad, en tu sabiduría, ilumínanos.
Dios de la esperanza, en tu bondad, sánanos.
Creador de Todos los Pueblos, en tu generosidad, Guíanos.
Amén.

El jueves por la noche, pronuncié el sermón para mi clase de seminario y hoy estoy hablando con ustedes. Las lecturas del Antiguo Testamento para ambos días son del Libro del Éxodo. Al revisar estos textos, noté un patrón. La lectura del jueves tiene al pueblo hebreo en el desierto, quejándose porque están preocupados por la comida. Dios los escucha y provee alimento. Luego, en la lectura de hoy, tenemos al pueblo hebreo en el desierto, quejándose porque tiene sed. Dios los escucha y provee agua.

Mirando los comentarios y sermones sobre estos pasajes, hay mucho material sobre la generosidad de Dios. Varios sermones titulados, "Dios proveerá". Algunos sobre seguir las reglas para recolectar maná (porque siempre hay quienes ven las reglas como el principio y el final de un sermón). Una pareja con discusiones bastante extensas sobre si era apropiado que Moisés golpeará la roca. Y uno tenía una visión interesante sobre cómo debemos respetar a nuestros líderes del clero y seguir sus instrucciones sin dudar; no estoy seguro de estar de acuerdo con la teología detrás de eso, aunque fue una lectura interesante.

Pero lo que seguía viniendo a mi mente mientras trabajaba en mi círculo hermenéutico, ¡fueron todas las quejas! ¿No parece que el pueblo hebreo es terriblemente llorón? ¡Es demasiado caliente! ¡Esta muy frío! ¡Es muy grande! ¡Es demasiado pequeño! ¡Tengo hambre! ¡Tengo sed! Ricitos de oro y los tres osos de nuevo, pero sin la parte de "perfecto".

¿No podían ver que Dios había provisto un líder, en Moisés, e incluso un compañero, en Aarón? ¿No recordaron todas las obras poderosas que Dios había hecho antes, todas las plagas? ¿Se habían olvidado ya de la forma en que Dios partió el Mar Rojo, permitiéndoles cruzarlo en tierra firme, y luego hizo que las olas se rompieran cuando los carros egipcios intentaron cruzar, ahogando a los soldados que los perseguían y dejando que el pueblo hebreo ¿escapar? E incluso si hubieran logrado olvidar todo eso en solo un par de semanas, ¿cómo podrían dejar de notar la columna de nubes de día y la columna de fuego de noche, la presencia siempre visible que los guía a través del desierto? ¿Qué les pasa? ¿El poder y la guía de Dios están ahí, literalmente frente a sus caras?

La mayoría de los comentarios que vi presentaban al pueblo hebreo como desagradecidos, infieles y desobedientes inadaptados que parecían no poder seguir ni

siquiera las instrucciones más básicas. Sin embargo, una y otra vez, Dios escucha sus gritos. Dios escucha sus gritos y actos.

Así que finalmente, decidí profundizar un poco más en las quejas. Sí, parte de esto se debe, con suerte, a la guía del Espíritu, pero parte también se debe a que he experimentado muchas quejas a lo largo de los años en varias iglesias. Si bien nos gusta sentarnos en nuestros bancos los domingos, escuchar las historias sobre el pueblo hebreo y pensar, seguro que son lentos para aprender acerca de Dios, después del himno final, a menudo vamos a la hora del café y participamos en el mismo tipo de sin parar de quejarse.

Y uno de los elementos que descubrí, cortesía del sitio web de la Administración de Veteranos, es que quejarse es una de las secuelas frecuentes (y frecuentemente pasadas por alto) del trauma. Permítanme decirlo nuevamente, quejarse es uno de los efectos secundarios frecuentes (y frecuentemente pasados por alto) del trauma.

Y el pueblo hebreo ciertamente había pasado por un trauma. Como comunidad, habían pasado casi cuatrocientos años en la esclavitud de los egipcios. Sin agencia. Sin autodeterminación. Sin la capacidad de participar en la libertad de expresión, la libertad de reunión, la libertad de culto. sobrecargado de trabajo subalimentado Vencido. abusado E incluso, frente a los intentos de genocidio, ya que el faraón intentó matar a todos los bebés varones.

En lugar de ver al pueblo hebreo como un grupo de quejosos de voluntad débil, incapaces de ver todo lo que Dios había hecho y seguía haciendo por ellos, mirémoslos como una comunidad que ha sufrido siglos de abuso. Como comunidad que aún sufre las secuelas del trauma. Como una comunidad que era tierna, frágil, delicada, tratando de reencontrarse después de tanto sufrimiento.

Y en lugar de ser mimados en un hospital o recibidos con los brazos de bienvenida por los amorosos miembros de la familia, esta comunidad escapó a un desierto, un ambiente hostil desconocido. Tenían la ropa que llevaban puesta, lo que pudieron llevar con ellos mientras se alejaban a toda prisa. Tenían algunos animales y algunas joyas.

También tenían consigo a sus ancianos, sus bebés, sus enfermos, sus mujeres embarazadas y las que acababan de dar a luz. Probablemente, también tenían con ellos mujeres y hombres que habían sido heridos, golpeados física y mentalmente por los años de servidumbre que soportaron.

Y ahora, se dirigían hacia lo desconocido, liderados por Moisés, un hombre que la mayoría de ellos no conocía muy bien y el único de ellos que probablemente había estado alguna vez en el desierto. No estoy realmente sorprendido de que se quejaran. Francamente, estoy un poco más sorprendido de que no se hayan plantado alrededor de la primera fuente de agua a la que llegaron y se hayan quedado. Decir: "Que Moisés y Aarón sigan ese pilar si quieren, solo quiero descansar".

¿Y qué pasó cuando el pueblo hebreo se quejó? ¿Envío Dios llamas para quemar a todos los ingratos? ¿Quitó Dios sus voces, para que Dios no tuviera que escuchar su incesante lloriqueo? ¿Dios se alejó?

No, Dios escuchó. Dios “escuchó sus quejas”. Y Dios les dio lo que necesitaban. Físicamente, Dios proveyó pan del cielo, maná, para que comieran y agua fresca de la peña, para beber. Emocionalmente, Dios les proporcionó constancia, una fuente regular de sustento, el maná llegaba seis de cada siete mañanas, con suficiente para alimentarlos a todos. Espiritualmente, Dios les proveyó amor, amor generoso y sanador.

El Dr. Guy Winch, en un artículo de Psychology Today, afirma: “Así como las quejas ineficaces pueden dañar nuestra salud mental, quejarse de manera efectiva y obtener resultados puede ser increíblemente fortalecedor y puede afectar nuestro estado de ánimo y autoestima para mejor”.

Mientras pasaban ese tiempo en el desierto, el pueblo hebreo pudo quejarse de manera efectiva. Pudieron clamar a Dios con sus preocupaciones, desde las más mundanas, qué beberé, hasta las más profundas, Dios me ama y me valora. Dios, reconociendo que estaban dolidos, les respondió, una y otra vez. Con columnas de nubes y fuego por guía, con maná y codornices por alimento, con agua fresca para beber, con liderazgo, con leyes, y algo que no había apreciado del todo hasta ahora, con el tiempo.

Con demasiada frecuencia, vemos ese tiempo en el desierto como un castigo: si realmente hubieran creído, si hubieran sido obedientes, habrían podido ir directamente a la Tierra Prometida, reclamar ese territorio y construir un maravilloso, poderoso reino.

Pero tal vez haya otra forma de ver esos vagabundeos por el desierto. Quizás, en cambio, podamos ver estos años como un tiempo de sanación, un tiempo para que un pueblo traumatizado se reúna, se recupere, aprenda a confiar en su Dios. A medida que expresaron sus preocupaciones ante Dios, también experimentaron la constancia de la presencia visible de Dios, la provisión generosa de Dios, el amor, la misericordia y la gracia de Dios. Y con esta constancia, con esta presencia, con este amor, pudieron desarrollar la fuerza que necesitarían para dar el siguiente paso, para enfrentar los desafíos de establecer una nueva nación en un lugar desconocido.

Al mirar a nuestras comunidades hoy, debemos reconocer que, como grupo, también hemos sufrido un tipo de trauma. La pandemia de covid y el aislamiento social que la acompaña, los niveles continuos de violencia racial, los ataques a los derechos civiles que creíamos garantizados, los conflictos internacionales que desembocan en guerras, la incertidumbre económica, el cambio climático, todo se combina en un aluvión aparentemente interminable de negatividad.

Y muchos en nuestras comunidades están sufriendo, están experimentando las secuelas de estos traumas. Lo vemos en los mal genios, en la falta de empatía. En la

incapacidad de mantener una conversación civilizada. Y sí, en las quejas: múltiples quejas, quejas en voz alta, quejas de grupos organizados, conversaciones en estacionamientos y cadenas de correos electrónicos hirientes.

Es tentador decir: "Ya basta". Responder a estas quejas ya estos quejosos como muchos teólogos parecen haber respondido a las murmuraciones del pueblo hebreo: etiquetándolos de quejosos, cuestionando su fe, abogando por una mayor obediencia al liderazgo.

Pero esa no fue la respuesta de Dios. Dios escuchó. Una y otra y otra vez, Dios escuchó. Dios satisfizo sus necesidades. Dios respondió y, al responder, cambió esas quejas potencialmente dañinas en empoderadoras, fortaleciendo su autoestima y preparándolos para los desafíos venideros.

Entonces, ¿cómo cambiamos las quejas perjudiciales en nuestras comunidades, en nuestras iglesias y en nuestra sociedad? ¿Cómo las transformamos en quejas empoderadoras? ¿Cómo respondemos de tal manera que construyamos la autoestima en lugar de descender a los pozos de la desesperación compartida?

Primero, por más desafiante que pueda ser a veces, necesitamos escuchar las quejas. Para tomarlos en serio. Mirar más allá de las palabras a las necesidades a menudo no expresadas y las heridas y los miedos enterrados que están generando tal negatividad.

También necesitamos ser constantes en nuestro apoyo, para seguir actuando con gracia, incluso cuando no siempre es bien recibido. Necesitamos poder demostrar empatía, una y otra y otra vez.

Y finalmente, podemos usar esta temporada de Cuaresma, este tiempo cuando vagamos en nuestro propio desierto, para sanar. A orar. Para hacerle saber a Dios nuestras necesidades, nuestros anhelos, nuestras heridas. Y luego empezar a buscar a nuestro alrededor esas señales de que Dios está con nosotros, esas columnas de nubes y de fuego que nos guían, esas bendiciones inesperadas e inmerecidas que nos caen del cielo. Porque están ahí, están ahí.

Dios nos está preparando para los desafíos que tenemos por delante. Aún no estamos listos. Todavía tenemos más viajes por el desierto que hacer. Pero ahora, podemos ver los pilares frente a nosotros y sabemos que hay un camino a seguir. Dios escuchó nuestras quejas y nos está enviando la sanidad que necesitamos.

Y lo que Dios hizo por el pueblo hebreo en el desierto, lo que Dios está haciendo por nuestra comunidad en St. Luke/San Lucas, Dios puede hacerlo por cada uno de nosotros, en nuestras propias comunidades, con nuestros propios traumas, con nuestras propias quejas. Dios escucha, Dios nos da lo que necesitamos, y con este tiempo de Cuaresma en el desierto, Dios sana.

Amén.